

EL ESTIVANTE



PRECIO 25 CT

SUMARIO:

Llamamiento a la clase escolar.....	<i>Editorial.</i>
Qué es una Universidad.....	<i>Gustavo Pittaluga.</i>
Breves anales.....	<i>A. Torre Ruiz.</i>
La explotación de un equívoco.....	<i>Leopoldo Atlas Arguelle.</i>
Un episodio de vida escolar.....	<i>Enrique R. Mata.</i>
Salmantica docebal.....	<i>F. Santamaría.</i>
Narciso de Azoteas.....	<i>Rufino Aguirre.</i>

NUESTROS HÉROES: D. Francisco Giner de los Ríos.

AMERICA: El idealismo americano.

LIBROS: Fray Luís de León.

GAUDEAMUS!

Portada, dibujos y viñetas de JULIO NUÑEZ

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: 3 PTS. AL TRIMESTRE:

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: DR. RIESCO, 58, TRIPD.º (JARDIN).—SALAMANCA

EL ESTUDIANTE

Semanario de la juventud escolar española.

SALAMANCA, DOMINGO 24 MAYO 1925.—NÚM. 4.

Llamamiento a la clase escolar.

Las asociaciones oficiales de estudiantes de Madrid, que han dado, últimamente, muestras tan prometedoras de vitalidad, acaban de dirigir a los escolares de todas las Universidades españolas un fervoroso llamamiento de organización y constitución de agrupaciones análogas a las suyas. Agrupaciones de clase escolar, lanzadas en los genuinos intereses y anhelos estudiantiles; asociaciones de estudiantes, sin otros predicados ni remoquetes que denoten vinculación a dogma alguno, político, religioso ni social; asociaciones de estudiantes que no se dejan enganchar como caballo de tiro al coche de ningún movimiento extraño a los ideales de renovación propios y exclusivos de la clase estudiantil.

Estas asociaciones de estudiantes deben ser la palanca del movimiento escolar organizado y uno de los engranajes esenciales de la marcha de toda Universidad. La masa estudiantil, que es hoy una masa dispersa y malévolamente seccionada por credos ajenos a sus intereses de clase y que para nada tienen que influir en la posición del estudiante, debe organizarse sólidamente para oponer su estrecha cohesión como valladar a todas las vergüenzas y mentiras de la Universidad española. Cuando esa masa hoy desorientada sea un cuerpo organizado, se habrá dado el primer paso para acabar con esa explotación abominable de cuantos hacen de la enseñanza, dentro y fuera de los establecimientos oficiales, una dulce siesta y un tráfico repugnante.

Hasta hoy, el estudiante español, mantenido con miras interesadas en la degradación espiritual más absoluta, y en una completa ignorancia de sus verdaderos intereses de clase, no ha sabido plantear en los términos exactos la lucha que ha de conducir, con su propia liberación, a la liberación de la Universidad y de la cultura española.

Es necesario que se sepa que no habrá Universidad, que no habrá profesores ni habrá enseñanza, mientras no haya estudiantes, una masa estudiantil compacta y organizada, con la conciencia de sus necesidades y sus ideales y con la fuerza moral y material necesaria para imponerlos. No hay que esperar el remedio de arriba, como limosna o como milagro. Ni hay que esperar la salvación de régimen de ninguna clase, autonómico o no autonómico. La salvación de nuestros organismos de enseñanza está en manos de los estudiantes. Solo un pujante movimiento estudiantil debidamente dirigido y orientado podrá derrumbar los viejos muros contra los que se estrella todo afán de innovación y abrir el cauce por el que discurran las energías hoy latentes y paralizadas.

La emancipación de la clase escolar, su capacitación para la lucha consciente en los problemas universitarios, será la emancipación, o mejor, la creación de la propia Universidad.

Organización y programa: he aquí la consigna de todo movimiento eficaz. La clase escolar debe tener una organización y debe tener su programa, si su acción ha de ser victoriosa. Que en cada Universidad, en cada Facultad, en cada Normal, en cada Instituto, haya una asociación de estudiantes, un núcleo vigoroso de estudiantes, unidos entre sí y con los demás por la aspiración común de hacer verdad esta mentira mortal de nuestra enseñanza y movidos por un programa concreto de reformas, que desde aquí iremos trazando y articulando.

Los estudiantes que forjen con su espíritu este movimiento renovador pueden estar seguros de que con ello contribuirán como nadie a preparar esa verdadera España, esa España civil, digna de llamarse nación y pueblo, que hoy no es más que una ultrajante ficción.

QUE ES UNA UNIVERSIDAD

SE tiende, por desgracia, a confundir una Universidad con una Escuela profesional. Claro es que yo tampoco quisiera que las Escuelas profesionales permanecieran por más tiempo apartadas de la vida espiritual, cálida, preñada de humanismo, que ha de tener la Universidad. De todos modos, hagamos que ésta no se confunda con aquéllas. Nuestras Facultades de Medicina son ya casi exclusivamente Escuelas profesionales. Las primeras parecen proponerse este problema teleológico: «cómo pondremos más rápidamente a estos muchachos en condiciones de ganarse bien la vida tratando enfermos». Las segundas añaden a esta finalidad crematística la otra meramente decorativa de otorgar títulos académicos a los hijos de la alta burguesía y de la aristocracia.

Una Universidad no es esto. Las Facultades que integran una Universidad no pueden limitarse a ejercer esta función. Más aún; en mi entender, han de ejercerla sin que ella se note, sin que se aprecie, sin que se sienta. La vida del hombre adulto, cuando este posea su cultura y su técnica, le llevará fatalmente, claro está, al aprovechamiento económico de su actividad. Pero la actividad económica del hombre adulto, no puede proponerse como modelo espiritual al adolescente, no puede encender el entusiasmo del joven, no puede ofrecerse como meta o como premio al estudiante. Una sola cosa, una sola imagen, un solo pensamiento han de ser meta y premio y modelo y guía y llama que alumbre el camino al adolescente, al joven, al estudiante durante sus años de vida universitaria: es la Verdad. La Verdad sin finalidades prácticas, explícitas, la Verdad concreta como manifestación de la perenne, eterna y abstracta Verdad, la Verdad perseguida religiosamente, que nos traerá mañana su bien si nosotros le otorgamos hoy toda la devoción, todo el fervor de que nuestra alma es capaz.

Y como la Verdad se persigue con dos formas de trabajo espiritual: estudiando el pasado o preparando el porvenir, así la Universidad significa y es al propio tiempo, siempre, tradición y actualidad. La pujanza de una Universidad, la vida espiritual de un ambiente universitario se mide por la intensidad con que vibran y se funden armónicamente esos dos instrumentos de la inteligencia, empeñados en desentrañar la Verdad. Las grandes Universidades, en sus épocas de máximo esplendor—Pádova, Bolonia, Salamanca, París, las alemanas del siglo XX—han sido eso, eso por encima de todo, eso sólo: tumultuosa cooperación intelectual de la Tradición

y de la Actualidad (cooperación intelectual significa también, claro está, luchas y en ocasiones cruentas batallas). Y siempre han dado vida y han sido como símbolo histórico de las grandes Universidades hombres que han encerrado en su alma inquieta todas las obsesiones de la tradición y todos los anhelos de la actualidad. Así D. Miguel de Unamuno, en quien parecían encarnadas la vida ancestral de la ciudad y la apasionada aspiración de la nueva España. Doctrina y ensueño, documentos y poesía, técnica y filosofía, hechos y mitos, la eterna antítesis que hierve en todos los espíritus, debe arder en el alma universitaria. La Universidad ha de ser eso: Un hogar y un agora; toda la intimidad recogida y claustal—si se quiere—con toda la exaltación de las discusiones y de las disputas; toda la Tradición con toda la Actualidad.

Y sustancia, siempre; quintaesencia de lo uno y de lo otro. La Academia es la forma de lo actual. La Universidad es la esencia de lo uno y de lo otro. Los que, en apariencia, enseñamos, los profesores, en realidad aprendemos de continuo en el contacto con el espíritu juvenil. Maestros y alumnos son un solo cuerpo, un alma sola. Han de serlo, si la Universidad ha de vivir.

Y queremos que viva, por encima de la Academia, por encima de la Política.

GUSTAVO PITTALUGA



Este es de la tierra.

Un distinguido ganadero salamanquino, sorprendido al ver el hermoso Vitor estudiantil de nuestra portada, nos preguntó si era acaso el hierro de una ganadería nueva.

No iba tan descaminado el charro. EL ESTUDIANTE quiere ser, en efecto, una ganadería de toros bravos de los que saben irse al bulto.

Esperamos que para el próximo número podremos informar ampliamente a nuestros lectores de la conferencia que ha pronunciado en la Universidad Central el profesor argentino Mario Saenz sobre «El Derecho y la fuerza».

La explotación de un equívoco.

NO descansan nuestras troglodíticas derechas en su afán de apoderarse de la enseñanza nacional, para, una vez dueños de ella, manejarla a su antojo. Por fortuna los elementos liberales se han dado cuenta ya de la maniobra y saben que todo cuanto piden los periódicos reaccionarios y las asociaciones de padres de familia (dirigidos, claro está, por otra clase de padres) tiende única y exclusivamente a destruir lo poco que tenemos de aceptable en el Instituto y en la Escuela.

Pero si todo el mundo se da cuenta de los inconfesados propósitos de la grey reaccionaria cuando habla de su amor a la escuela y a la segunda enseñanza, en cambio hay mucha gente que ha tragado el anzuelo en que ha puesto como cebo la reforma universitaria, con su autonomía y todo, para que nos vistamos a la alemana tal como algunos lo entienden. Conviene por lo tanto llamar la atención hacia la solapada maniobra hecha a base de la explotación de un equívoco, que tiende, en realidad, a convertir a la Universidad española en algo peor de lo que hoy es, con objeto de que no pueda competir con esos emporios de ciencia de El Escorial y de Deusto.

Consiste el equívoco, que puede producir la confusión en la mente de los que no están en el secreto, en utilizar las críticas dirigidas a la Universidad por personas bien intencionadas para repetir las como cosa propia, haciendo creer al público inocente que todos estamos de acuerdo. Para que se vea que son hombres a la moderna y que de nada se asustan citan frases de Giner, de Cossío y de otros ilustres réprobos, relativas a decadencia de nuestra Universidad, y, de este modo, los elementos de la izquierda tienen que coincidir con los más recalcitrantes reaccionarios en tan importante punto.

Pero no hay tal coincidencia. Es verdad que hoy repiten jesuitas y *jesuitoides* la consigna de que *no tenemos Universidad*, cosa que hace mucho tiempo venimos diciendo otros. Parece, atendiendo a la Gramática, que decimos exactamente lo mismo. No obstante, y atendiendo a la intención, decimos precisamente lo contrario.

Cuando «El Debate» por ejemplo, dice que la Universidad no existe, lo que quiere decir, en realidad, es que a pesar de lo muy poco que vale nuestra pobre enseñanza superior todavía representa un obstáculo insuperable para el logro de sus malsanos deseos. Si

en nuestra Universidad enseñaran exclusivamente algunos de esos señores de que se burla con tanta justicia el estudiante que tiene que padecerlos, dirían nuestras derechas que la Universidad española estaba muy por encima de las del resto del mundo y se tildaría de mal patriota al que intentara la menor reforma en ellas. Si, por el contrario, valiera hoy nuestra Universidad lo que valen la alemana o la francesa, todavía nuestros reaccionarios la combatirían.

Cuando nosotros decimos que no hay Universidad es única y exclusivamente porque deseamos crearla, y crearla sin segundas intenciones, para que sirva a su fin de elevar la cultura nacional hasta ponerla al nivel de la de otros pueblos más dichosos.

Prueba de todo lo dicho es lo que viene ocurriendo con la ya famosa cuestión de la autonomía universitaria, nombre halagador y engañoso que a tanta gente logró seducir, por lo menos al principio.

Dicen las derechas: no hay Universidad, luego hay que concederle la autonomía. Esto que a primera vista parece una tontería, y lo es, efectivamente, obedece a la sana intención de que la Universidad acabe por desaparecer o se rebaje y hunda de tal modo que no presente ningún obstáculo para la enseñanza confesional que aspira a un total acaparamiento de la conciencia española. En cambio, los demás, cuando decimos que no hay Universidad, deducimos la natural consecuencia de que lo que hace falta es, ante todo, crearla. Ya vendrá la autonomía cuando sepa merecerla, es decir, cuando la tenga de hecho. Porque la autonomía no se concede. Una Universidad muerta nunca podrá ser autónoma porque lo diga la ley, del mismo modo que nadie puede ser guapo o listo de Real Orden.

Mucho habría que decir sobre las inexactitudes, valga el eufemismo, que corren por ahí lanzadas por las derechas y referentes a una posible reforma de la enseñanza superior. Acaso otro día hable de ellas. Por hoy basta con lo dicho.

Y, antes de terminar, un cordial saludo a los animosos redactores de EL ESTUDIANTE, de un profesor que lo que más estima en la juventud son sus naturales atributos: el desinterés y el entusiasmo.

LEOPOLDO ALAS ARGÜELLES

Oviedo, Mayo 1925.

BREVES ANALES

HACE algunos años—seis o siete— me ocurrió que un día, al acabar la clase, se me presentó un grupito de alumnos. Pensaban aquellos buenos muchachos fundar una Asociación de Estudiantes Católicos y venían—cosa muy de agradecer—a pedirme opinión sobre sus propósitos, y, en caso de que fuera favorable, a pedirme colaboración y ayuda.

Con todo afecto y con toda sinceridad, como suelo, les di mi opinión. Les dije que era partidario activo y fervoroso de las asociaciones estudiantiles porque la clase escolar y la Enseñanza podía esperar de ellas mucho bien. Les dije que el hecho de que los estudiantes pensasen en asociarse y en vigorizar el espíritu corporativo, inexistente casi entre nosotros, era una novedad prometedora y digna de elogiarse.

Pero les dije también, con toda claridad, que no era, ni había sido nunca, partidario de las asociaciones escolares con carácter confesional o político: Por que una asociación escolar formada por alumnos de la Universidad, había de ser, inexcusablemente, una asociación universitaria y a la Universidad se ha de ir con espíritu tranquilo y cordial y de camaradería, no con espíritu de partido; con intención laboriosa a estudiar, no con intención sectaria a levantar banderitas y trincheras; que la ciencia no tiene parroquias ni compartimientos herméticos y hostiles; que las asociaciones escolares pueden plantear y ayudar a resolver problemas estrictamente pedagógicos que para nada tocan las fibras íntimas de la creencia religiosa o de la opinión política; que un estudiante, miembro de una corporación escolar sin color religioso ni político, puede y aun debe, fuera de la Universidad, afiliarse a asociaciones distintas y heterogéneas y pertenecer a una sociedad de deportes, a una filarmónica, a un círculo maurista, a una sociedad de pescadores de caña y a la Vela Nocturna, con solo tener el mínimum de discreción que se necesita para no plantear problemas de fútbol en el círculo maurista, ni problemas filarmónicos en la sociedad de deportes ni disputas religiosas en la asociación de pescadores, ni discusiones piscatorias en la Vela; que una asociación escolar debe ser, ante todo, autónoma, siguiendo su propia inspiración, porque una asociación heterónoma, que recibe de fuera el prefecto, la orientación y el impulso, se convierte en instrumento de ajenas manos, lo que quiere decir que se esclaviza, y pierde la conciencia de su fin y la libertad, cosa repugnante a la dignidad humana; que una asociación escolar que se diera a sí misma carácter confesional o político

renunciaria, automáticamente, a una colaboración amplia y extra-nacional, porque en los congresos internacionales de estudiantes las asociaciones políticas o confesionales están excluidas...

Esto y mucho más les dije, no muy seguro de influir en su ánimo, pero segurísimo de obrar con rectitud y sinceramente.

La asociación se fundó y, bajo el acucioso y vigilante cayado jesuítico, empezó a vivir. No sabré deciros si con prosperidad o con penuria, si bien o mal. Creo que más mal que bien. Por lo menos sus señales de vida fueron pocas.

Pero un día cierto Ministro de Instrucción sacó de su minerva y lo echó a andar un proyecto de autonomía universitaria. No hay por qué disecar aquí el engendro que, encanijado y contrahecho como había nacido, a los pocos meses se lo llevó el diablo.

Conviene, sin embargo, recordar que, según el proyecto, las asociaciones de estudiantes debían nombrar un cierto número de escolares que, en su representación, asistirían con voz y voto a las Juntas de Facultad y a los Claustros universitarios.

Fué entonces cuando las Asociaciones de Estudiantes Católicos empezaron a bullir y a removerse. El proyecto, de convertirse en ley, brindaba a los pastores un buen medio de información y de acción directa.

Y fué entonces cuando ocurrió el hecho significativo y revelador que quiero consignar aquí, en estos breves anales.

Aconteció que los alumnos—algunos alumnos— de un profesor, mi amigo, le invitaron a dar una conferencia en el domicilio social de la Asociación de Estudiantes Católicos. No era el invitado entusiasta de asociaciones de esta clase, como lo demostró de allí a poco, pero hombre de izquierdas, tolerante y amigo de complacer a sus discípulos, accedió. Explicó la conferencia—como todas las suyas, llena de ideas y doctrina— y al acabar, un excelente padrecico, más ingenuo y locuaz de lo que es uso en hijos de San Ignacio, «ahora—le dijo—vamos a tener mucha fuerza; vamos a coaligar las Asociaciones de Estudiantes Católicos y vamos a meter en cintura a varios catedráticos que andan desmandados».

Así ocurrió el hecho y aquí, en Valladolid, muchos son sabedores de él.

No quiero subrayar el modo de decir del padrecico, en primera persona. Que las asociaciones de Estudiantes Católicos están fundadas, dirigidas y mangoneadas por jesuitas no es, de cierto, noticia que sorprenda ni coja de nuevas. Pero ¿qué quiere decir en labios jesuíticos aquello

de «meter en cintura a varios catedráticos»? ¿Revela el propósito de desatar dentro de la Universidad las luchas de secta y de partido? ¿Va a caer sobre las muchas pesadumbres que la Universidad soporta, ésta, de verse convertida en campo atrincherado donde unos buenos muchachos, bisoños, luchan por cuenta ajena?

¡Mal año para quien así exacerbe y desate las pasiones!

Entendamos, sin embargo. No quisiera que estas palabras mías sonaran en oídos ajenos como condenación de todo apasionamiento, de todo impulso exaltado y férvido. No quisiera dar a entender que condeno la pasión en la juventud estudiantil. Primero porque sería pedir algo absurdo y contra natural y después, porque si de algo pecan los mozos que estos años últimos llenan nuestras escuelas es de seriecitos y de dóciles y de previsores y, como se dice, de *po-*

sitivistas. ¡Apasionados! ¡Ojalá lo fueran más! ¡Ojalá pusieran más alma y más coraje en el comentario de la vida que pasa!

Quiero decir que si un día nuestra juventud se apasiona—y es de desear que se apasione— en la lucha ciudadana y política, no ha de ser la Universidad el campo de lucha. Quiero decir, además, que si un día la pasión, hoy tan dormida, se despierta, debe fluir como fluyó siempre de pechos juveniles: espontánea y sincera y clara y movida de impulsos ideales, no suscitada por escondidos y nada desinteresados taumaturgos.

Otro aspecto tiene lo de «meter en cintura a varios catedráticos». Otro aspecto que a nosotros, a los desmandados, es a quienes en primer término interesa.

Pero de ello hablaremos otro día.

A. TORRE RUIZ

Omnium scientiarum princeps Salmantica docebat.

LA pobre Universidad española, las viejas escuelas están tan necesitadas de reforma, que es ya urgente que sus puertas se abran a vientos nuevos, que arrastren lo que de manido hay en ellas y les den un nuevo vigor, y fuerza nueva. Es indispensable, y la gravedad del mal no admite demoras.

Pero ni por un momento puede olvidarse que lo otro, lo extrauniversitario, es peor, y lo antiuniversitario, es lo muerto y podrido que hiede. Son los que nada sacaron de la Universidad, por su falta de capacidad (de ellos); son los que denigran todo afán de ideal quijotesco.

La Universidad que yo conocí *de visu* en Salamanca, no era una vieja asquerosa, ni mucho menos, sino robusta y venerable matrona, y eso a pesar de que unos cuantos mamoncillos chupaban con tan enorme apetito de sus ubres, que hubieran sido capaces de agotar otras menos abundantes.

Pero estos no eran todos; ni siquiera, los más; ni mucho menos, los mejores. Como no lo son hoy.

Había maestros—que de la Universidad pro-

cedían, y de ella, mal o bien, vivían entonces— que sabían sus disciplinas—bien está la palabra; es exactísima, aunque a alguno le huelga a vieja— y cuyas explicaciones eran un gesto indicador en la vida social y ciudadana, que no es tal si no tiene su raíz en el honrado cumplimiento del deber profesional.

Hay que recabar la libertad política del conjunto, que es la de nuestra propia individual conciencia, pero hay que recabarla con la dignidad del que sabe cumplir con su deber.

Y para alguno de estos tercos enemigos de la Universidad, creo que el mayor delito de un profesor de Griego, Química o Latín es saber y enseñar aquello que le está encomendado.

Liberal y romántico (y no son trasnochadas las palabras, sino de gran actualidad), siento que lo mejor de mi espíritu se formó en la Universidad.

F. SANTAMARÍA

Astorga, Mayo 1925.

BREVES ANALES UN EPISODIO DE VIDA ESCOLAR

DEBE ocuparse el estudiante de política? Debe intervenir de un modo activo en las luchas de los partidos políticos del país? Serán convenientes las Asociaciones de estudiantes de tendencias políticas?

La vida estudiantil debería capacitar al estudiante, al estudiante universitario sobre todo, para que se formase una concepción del mundo, y la política, como parte de esa concepción no le debiera ser agena. Pero el pertenecer a un partido político implica una cierta uniformidad y exclusivismo que no pueden darse en el periodo de formación espiritual del estudiante. El estudiante debe rechazar todo dogmatismo, y en consecuencia su primera obligación consiste en sostener siempre viva la llama de la duda. En relación con los partidos políticos, como con todo lo que circunda al estudiante debería éste adoptar en todo momento una posición crítica.

Pero estas consideraciones se refieren al estudiante que pudiéramos decir teórico, a lo que debiera ser el estudiante universitario, no a lo que es en un momento y lugar determinado.

Los estudiantes, como la Universidad misma han jugado muchas veces un papel importante en la vida nacional de sus respectivos países. Principalmente en épocas de exaltación de pasiones, siempre propicia a dejar rienda suelta al sentimiento. Una de esas épocas en que el estudiante tomó parte activa en la vida interior de la nación fué el año 1848 en Alemania.

En Munich la actuación de los estudiantes por aquella fecha estuvo íntimamente ligada con la vida de una mujer bella e intrépida que adquirió celebridad mundial: Lola Montes. Expulsada de Varsovia, provoca después un desafío en el que murió su amante de turno, logrando

luego conquistar los favores del Rey de Baviera Luís I. Este, galante con las damas, la hizo Baronesa de Rosenthal y Condesa de Landsfeld, y la bella bailarina española ejerció durante unos años un influjo decisivo sobre sus respectivos gobiernos. Pero la Asociación de estudiantes de Munich se manifestó pronto contra los descaros de la favorita y ésta logró que el propio monarca patrocinase la constitución de otra Asociación escolar, la «Alemania» de cuyos miembros se reclutaron los guardias de corps de la serenísima baronesa de Rosenthal. El domicilio social de la «Alemania» se instaló en las habitaciones del palacio de la baronesa y muchas noches asistía la ilustre dama a las francachelas de los estudiantes, ante quienes ejecutaba los números más variados y sugestivos de su atrayente repertorio.

En más de una ocasión los miembros de las Asociaciones escolares llegaron a las manos, teniendo que intervenir en el asunto el Claustro de Profesores que se pronunció en contra de la «Alemania». Pero los «hombres de la Lola», como se llamaba a los miembros de esta Asociación triunfaron en la lucha. Varios profesores fueron depuestos de sus cargos. Los desórdenes escolares aumentaron. Se clausuró la Universidad, pero entonces intervino todo el pueblo. En un motin popular estuvo a punto de perecer la baronesa, que, al fin, fué desterrada, regresando a España, de donde salió años después para Nueva York donde murió. Luís I de Baviera se vió obligado a abdicar en favor de su hijo Maximiliano II el 20 de marzo de 1848.

Evidentemente es un poco expuesta la actuación de los escolares en la vida política...

ENRIQUE R. MATA

En el Instituto de Alfonso XIII.

Presentan un hijo de Ramón y Cajal a un distinguido accionista (es decir, hombre de acción) de los que ahora anidan por las alturas.

— Tanto gusto. ¿Y diga Ud. hace mucho que se murió su padre?

El hombre creía que no se podía ser célebre y sabio hasta después de morir.

Y no dejaba de tener razón, el hombre del nido.

En la Universidad salmantina («alma mater»)

se celebra la boda de una señorita. Ya era hora de que en las Universidades españolas se hiciese algo serio. Suponemos que el baile de bodas se celebrará en el Paraninfo. Y en la Cátedra de Fray Luis se expondrá el «trousseau».

El abanderado de una Tuna se ha metido capuchino al llegar la época de los exámenes. El meterse a estudiar debió parecerle mayor sacrificio.



NARCISO DE AZOTEAS

*El pavo real, seriamente,
hace la rueda.
¿Intenciones? Curándome en salud
no hay moraleja.
El pavo real de Rubén,
— un domador de pavos—
se depila las cejas,
y sus cisnes unánimes
se han cortado melena.
¿Después? Ya está agotada,
la savia de este tema.*

*Pedantería, brillo, jactancia,
lo mismo que un poeta.
Tiene el gesto solemne
de un profesor de Estética;
sólo le faltan gafas.
¡Ya está hinchado de Ciencial
Y aunque su voz es bronca,
— ¡Narciso de azoteas!—
de ruiseñor presume.
¡No es tan pedante como
el ganso real de Iberial!*

RUFINO AGUIRRE



NUESTROS HEROES

EN febrero se cumplió el primer decenio de la muerte de don Francisco Giner de los Ríos. Todo español de hondo y sentido patriotismo habrá de honrar con agradecida emoción la memoria del maestro. El deber ineludible de crítica negativa frente a los falsos valores de un patriotismo, por ser éste escarnio de los más nobles sentimientos de comunidad espiritual, ha de trocarse, en esta ocasión, en alabanza positiva. Don Francisco Giner ha creado la patria española, espiritual, culta y seria. Trabajó por mantener la continuidad científica y humana, y por enlazarla a la conciencia del mundo. Durante una época de oprobio, poco respetuosa con tan útiles valores, fué incansable apóstol de los derechos del espíritu. Su figura será honrada por generaciones venideras, como punto luminoso de la España del siglo XIX. Las otras sombras, las de sus perseguidores, que en la historia se pavonean con casaca, voz hueca y ademán de violencia, se confundirán, con la distancia cada vez más, en masa anónima, espesa y terrosa. Duro surco, al que rompe con esfuerzo el espíritu, donde siembra el germen de un pueblo.

A D. Francisco Giner se debe la continuidad de la patria espiritual española. Pero en D. Julian Sanz del Río, su maestro, hay que buscar el nuevo brote de la cultura en nuestro país, en el siglo XIX.

D. Francisco Giner continuó la tradición de cultura y seriedad científica que Sanz del Río injertó en la aridez española. Era D. Francisco, cuando yo le conocí en los últimos quince años de su vida—nació en Ronda en 1839, murió en Madrid el 18 de Febrero de 1915—un viejo de barba y pelo canos, de ojos brillantes, tez tostada por el aire del mar, de la montaña y del campo. Su cuerpo era menudo, pero ágil y vigoroso, siempre vibrante, como la inquietud de su espíritu, del cual era solo reflejo. Su conversación era intencionada y jovial, desbordante de cordialidad. Nunca le abandonó un cierto donaire andaluz, de finura depurada. La juventud parecía característica de su ser. Todo él evocaba aliento fresco de montaña, hierbas olorosas, tomillo del Guadarrama, jara y cantueso. Parecía que su alma se despertaba cada día limpia y sin dejo de fatiga por la labor de ayer, de todas las horas de su existencia. Una frase muy suya, y que Luis de Zulueta recordó cuando su muerte, es rasgo que le define: «¡Claro—solía decir en tono jovial a los discípulos y amigos—ustedes piensan de otro modo! ¡Aquí no hay más joven que yo!»

¿Reformador? No. ¿Qué había de reformar?

Creador de realidad nacional. Habían de crearse instituciones y personas. Esta fué su tarea. Al observar hoy la realidad española adivinaremos, sin riesgo de error, en todas las instituciones culturales de valor europeo y seriedad científica, la influencia de D. Francisco o de sus discípulos o afines. Sólo citaré el Museo Pedagógico, la Junta de Pensiones, el Centro de Estudios Históricos y la ejemplar Residencia de Estudiantes.

La intelectualidad española se ramifica hoy en direcciones originales, apartadas de D. Francisco; pero qué pocos son los hombres de esta generación que no hayan recibido de Giner el impulso que les arrojó a la cultura! A él se debe esa peregrinación de los mejores cerebros españoles a Europa, que ha cambiado la faz de nuestra espiritualidad. Recuerdo que en una de sus cartas—sus cartas estaban siempre encendidas de esperanza y ánimo—me escribía: «No habrá salvación para este país hasta que media España esté en camino hacia el extranjero y la otra media de vuelta».

No era D. Francisco un extranjerizante. Era un patriota ardoroso. Pero no entendía la patria como horda que vive de prestado, «en humilde y voluntaria servidumbre moral», según frase del maestro Sanz del Río, o como permanente «rebelión de esclavos que no quieren ser libres». Sentía Giner en su alma todo el dolor de la raza. El martirio que él había sufrido hasta conseguir la redención cultural, era el mismo que atormentaba a tantos miles de españoles. Y así había en D. Francisco, asociada al severo gesto pedagógico, una infinita comprensión por aquellos a quienes trataba de arrancar de la dura cantera de Beocia para convertirles en hombres libres.

Cuando el estudiante, con anhelo de saber insaciado, después de haber consumido los años en las aulas universitarias, entraba en la cátedra de Filosofía del Derecho, que explicaba Giner, veía abrirse ante él un mundo adivinado, pero hasta entonces no descubierto. Aquella clase no era una disertación solemne. El maestro se esforzaba en guiar a los alumnos por el mundo de la investigación científica, en darles el sentido de orientación de que carecían. No desperdiciaba don Francisco, en aquella clase tan viva, motivo para tratar cualquier tema ajeno a la Filosofía del Derecho, pero que prendiendo en la conciencia del discípulo, iniciaba en ella un nuevo caudal de espiritualidad. Sentado entre los alumnos, barajaba don Francisco sus notas. Destacaba problemas, dibujaba direcciones, escuchaba extractos de lecturas. Hacía vibrar la conciencia del discípulo a la que despertaba con preguntas socráticas. Con

aquel método «intuitivo, realista, utópico, que no el mejor ni el peor, sino el único», aquella clase—junto con la «Institución»—era un seminario del profesorado español. El pobre licenciado, procedente de un medio anticultural y deformado por la enseñanza universitaria, se convertía, tocado por la luz del maestro, en fermento que, a su vez, contribuirá a sacudir la modorra del país. Si no siempre desde la altura de la genialidad, siempre como hombre estimable y recto que no traicionaria la pureza del ideal desde cualquier puesto donde actuara.

De este modo D. Francisco Giner no ofrecía a España un ideal abstracto de cultura, sino que forjaba, al fuego de su espíritu, una realidad concreta. Tampoco oponía como único remedio al misero estado de la Nación la obra política, militante y revolucionaria. «Aunque, desde luego, sus ideas, filosóficas y sociales—apunta D. Manuel B. Cossío, hijo espiritual y sostenedor hoy de la obra de D. Francisco—le situaban al lado de los que rompieron la vieja forma monárquica, era radical como nadie, pero antirrevolucionario por principios». Creía que sólo la educación interna podía transformar a un pueblo. Como Giner pedía tanto en materia de cultura, le parecían mínimas las exigencias de los partidos más avanzados en materia de reformas políticas.

¡Qué dura fué la lucha contra aquel medio! Giner la sufría con entereza. «Las minorías, escribía en 1889—y todos cuantos quisiéramos remover el fondo de la educación nacional somos una minoría aún, y lo seremos largo tiempo—no tienen por único deber investigar, censurar, ensayar, propagar; no sólo han de ser perseverantes, incorruptibles y enérgicas, sino sufridas, mesuradas e indulgentes». Y si D. Francisco en el período de 1868 hasta el fin de la República en 1874 gozó el triunfo inmediato de la actividad espiritual, provocando en la vida universitaria española «un comienzo de desarrollo interno que maravilla por lo rápido», pronto, cuando la Restauración, tan mal avenida con el auge intelectual de España, conoció don Francisco la amargura de aquel medio de Beocia consolidada. Tuvo frente a su obra todo «el falso patriotismo, ignorante, holgazán y bien avenido con nuestro miserable estado, por falta de amor y devoción al ideal y voluntaria incapacidad de alzar los ojos sobre el prado en que despunta la hierba». Y sin embargo poco antes de morir don Francisco repetía: «nuestro afán es siempre evitar la guerra, la intolerancia salvaje, el africanismo, trabajar en paz con todo el mundo en los infinitos problemas técnicos y espirituales».

Cánovas, aquel estadista que dijo venir a continuar la historia de España, tomándola en agosto—no en septiembre de 1868, como observó Giner—restableció por decreto, refrendado por Orovio, aquel mismo Orovio, que destituyó a Sanz del Río, en 1875, la «Ciencia oficial», monárquica, católica y escolástica, en método y disciplina. Y ¡ay del profesor que se resistiera! El ministro ordenaba proceder contra ellos «sin ningún género de contemplaciones». Para honra de España los profesores discolos, entre los que se contaban Salmerón, Azcárate, Linares, Alfredo Calderón, Barnés y don Francisco Giner, y otros varios, protestaron contra la arbitrariedad. Unos fueron deportados, otros procesados o destituidos. Cánovas trató de ahogar

la protesta enviando un emisario a Giner con la oferta de que el decreto aunque figurara en la «Gaceta», no se cumpliría en la práctica. Don Francisco se negó a suscribir esta picardía gubernamental, y de noche fué arrancado por la Policía del lecho, en el que yacía enfermo, y entre dos guardias civiles se le hizo cruzar media España hasta confinarle en Cadiz en el castillo de Santa Catalina. El «Times» de Londres dió gran vuelo al asunto, y la Universidad de Heidelberg envió a España una protesta subscripta por hombres de fama mundial como eran Zeller, Helmholtz, Wundt, Oncken y Bluntschi.

Los profesores destituidos fundaron a poco la Institución de Libre Enseñanza, hogar de todo el movimiento de renovación cultural de España y que acabó dando nombre al movimiento simbolizado en la persona de Giner. No es ocasión esta de insistir en la historia de la obra admirable, ni en esforzarse en exponer sus principios directores que, acordes con el ideal de don Francisco, más se esforzaban en educar hombres que no en instruirlos, o sea transmitirles el caudal de saber heredado. «El concepto de la escuela ya no es saber sino educar» trazó en una nota la mano de don Francisco, poco antes de morir. Y el desarrollo de este concepto colaboró siempre—y colabora—la Institución Libre de Enseñanza, hoy dirigida por Cossío. Los principios de la Institución han inspirado en América el Gimnasio Nacional en Bogotá, obra de Agustín Nieto y Caballero, nacida, según dice su autor, del eco de una conversación con don Francisco Giner.

Toda la lenta labor pedagógica de don Francisco no era bastante para aquietar su dolorido espíritu, enfrentado con la realidad política española. ¿Qué hubiera hecho don Francisco? suelen preguntarse hoy sus discípulos. ¿Que hubiera hecho? Unos fragmentos de una carta dirigida a «Clarín» en 1896, vísperas de consumarse aquella gran catástrofe de la Restauración, la pérdida de las colonias, nos muestran la actitud de Giner frente a una aguda situación política: «Qué horas estas, qué horrores, qué ruina moral y material, qué amargura, qué caída, qué corrupción, qué piedad tan grande entra en el alma toda por tanto dolor dentro y fuera de nosotros, tan bajo como va cayendo este pobrecito pueblo, que saldrá de la agonía, pero cuándo!...» Siente el maestro piedad inmensa, piedad hasta por los que desde arriba arruinan el pueblo en su caudal moral de sangre y bienes. «No lo harían si hubiera algo debajo». Pero a esa piedad va unido el remordimiento, «por qué no hacemos, por qué no hago yo de seguro lo que puedo y debo, por qué es imposible que yo no pueda y deba hacer más y mejor de lo que hago, y esto me dá tanto pesar...»

**Correspondencia y giros al
Sr. Administrador de EL ESTU-
DIANTE, Vera-Cruz, 1.ª, núm. 26,
pral. izquierda.**



La religión naciente del idealismo americano.

DÍAS atrás, recogíamos en esta página el vibrante mensaje de Alfredo Palacios a la juventud universitaria de Ibero América. Y es hoy el mismo profesor argentino quien nos da una alta lección de espíritu y civilidad, que los estudiantes españoles, y ellos más que nadie, deben conocer. Es una interesantísima carta a la gran poetisa chilena Gabriela Mistral, tan conocida hoy y admirada entre nosotros. El decano de La Plata expresa, con su palabra calurosa, el nuevo ideal de cultura hacia el que, a la par con otros grandes maestros, se esfuerza por orientar a las nuevas generaciones estudiosas de América latina. Es un ideal idealista de humanidad, que difícilmente podrán comprender los mercaderes de la política y de las letras que han hecho del americanismo pabellón de su marina mercante.

Gabriela Mistral, cuyo espíritu exquisito ha sabido observar, con dolor y temor, en sus canciones entrañadas, «el predominio del materialismo sensualista y la carencia de idealidad» que atenazan a nuestra época, ve el único remedio a esta decadencia precipitada en la intensificación de las creencias religiosas, de la católica especialmente. Contra esta opinión, nada aislada en esta Europa conmovida por la guerra, levanta su voz potente Alfredo Palacios.

La poetisa siente lo emotivo del alma de los pueblos y su naturaleza sensible no le permite sobreponerse a las largas tradiciones familiares y de raza. Para el filósofo y estudioso de las sociedades, lo esencial es «aquilatar por la razón esas enseñanzas que cristalizan para los pueblos en dogma estricto y paralizante». Ante el Dios de las poesías de Gabriela Mistral no puede haber ateos, dice el maestro argentino, «porque no es un dios teológico dogmático y personal, sino el sentimiento de unidad de comunión espiritual, divinizado». Identificar ese idealismo humanitario con la fé católica hubiera provocado, en otros tiempos o en otros lugares, la persecución y el anatema de la misma religión que se defiende. «Dígalo, sino, el hecho, harto significativo, de quienes son los que más han apreciado su obra—la obra de la Mistral—y de los cuales usted se ha sentido más cercana»: son naturalmente, los revolucionarios del espíritu, los renovadores, los removedores e irreductibles a los cultos tradicionales.

No es, ciertamente, en el campo del catolicismo actual donde se encuentran «los ejemplares de mayor abnegación y humana idealidad». Los idealistas, los sedientos de un mundo mejor, los poseídos del espíritu de sacrificio que es la esencia de toda verdadera religión, hay que ir a buscarlos, hoy, fuera de los empostrillados del dogma, ya materializado.

El movimiento idealista más pujante de la época moderna, en América, es, nos dice Palacios, la reforma estudiantil; y este movimiento

«precisamente lo inició la juventud arrancando la Universidad del dominio axfisiante del catolicismo que tenía anquilosada la enseñanza y amordazados los espíritus».

El catolicismo ha dejado de ser lo que fué al nacer, lo que le dió su fuerza en los luchadores ejemplares de los primeros siglos: un ideal revolucionario. «El cristianismo actual ya no es el de San Pablo, ni el de las catacumbas, que socava los cimientos de un mundo groseramente materialista, para fundar una nueva civilización espiritual a través de las persecuciones y de los martirios. Ahora, el catolicismo es parte integrante y principal de esta sociedad sensualizada y comparte el dominio y la riqueza con los señores del oro». Sí, lo que empezó siendo vendabal revolucionario, se ha convertido en mastín guardador del orden social. Hoy, esta religión «tiene más intereses que conservar, que ideales y renovaciones para promover. Contra su inercia ya secular se estrellaría vanamente todo poder humano que intentara reformar su espíritu». La función del dogma católico en los pecados modernos, no es otra que la de someter, paralizar y reducir.

«No serán las ideas ya gastadas y caducas, las capaces de elevar el nivel moral humano, sino los nuevos ideales renovadores del alma de los hombres. Vivimos en un momento de transición en que se derrumban muchos ídolos y se desmoronan los poderes que sobre ellos se fundaron. Ya el espíritu no anima las formas tradicionales y labora silenciosamente para trazar nuevos cauces en el alma humana. Las religiones han descendido desde la mística a la costumbre». «La inquietud religiosa de estas épocas se refugia en las mentes renovadoras, en las almas cargadas de misterio que miran al porvenir y traducen las voces del espíritu, como Emerson y Carlyle y entre nosotros Almafuerte y Rodó».

«Ya en nuestra América existe un soplo de inquietud y de féridos anhelos que mueve a la juventud. Algunas almas selectas, como el maestro Vasconcellos, perciben ya la vislumbre de un mundo moral más alto y laboran con ahínco para encarnarlo en la realidad. Si se ausculta el corazón de la juventud idealista, se advertirán los latidos de una vida informe, exuberante y jugosa, que pugna por abrirse a la existencia». Y «el deber que en esta hora nos impone el destino americano, es el de favorecer el nacimiento de esa nueva vida que se anuncia». La noble carta del profesor a la poetisa, termina con este llamamiento cordial: «Ayúdenos a forjar, con sus manos maternas, esta joven alma americana que viene henchida de fé, rebosante de idealismo, dispuesta a hacer una sola patria de la América Latina y a volcar en ella todos sus anhelos».



Fray Luis de León.

FUERA del círculo de los especialistas, fray Luis de León es mucho más conocido por ser el protagonista de cierta sugestiva anécdota que por sus producciones literarias. Habrá muchas personas que no hayan leído *Los nombres de Cristo* o las poesías de fray Luis; pero nadie ignora la historia, probablemente apócrifa, que nos lo presenta volviendo a Salamanca, después de los cuatro años pasados en los calabozos de la Inquisición, y reintegrándose a su cátedra universitaria, donde inauguró sus explicaciones con el *Decíamos ayer...* Debido a esto, las gentes—en el extranjero y en España—se han imaginado al poeta agustino como un hombre desapasionado, todo dulzura y mansedumbre, resignado ante los ataques de sus enemigos y siempre dispuesto a perdonarlos. La lectura de sus escritos y el examen de los documentos que han sacado a luz sus biógrafos, deja, no obstante, la inequívoca impresión de que esa seráfica imagen de Fray Luis no está muy conforme con el fray Luis de carne y hueso.

Teniendo en cuenta esta discrepancia y con el laudable propósito de contribuir a que el público de lengua inglesa llegue a formarse sin gran esfuerzo una idea más adecuada de la compleja y rica personalidad de fray Luis de León, compuso y publicó Fitzmaurice-Kelly, no ha mucho arrebatado a las letras castellanas, un ensayo biográfico, con el cual se inaugura la serie de notas y monografías sobre temas españoles que se propone ir editando la Hispanic Society of America.

Una obra escrita con semejante objeto, si ha de ser eficaz en sus resultados, debe tener cualidades que no es frecuente hallar en las producciones de los eruditos: penetración y amenidad. Felizmente, el crítico inglés puso todo su empeño en seleccionar, organizar e interpretar los datos que, aislados e inexpresivos, yacían en los documentos, y ha logrado trazar en un estilo diáfano y agradable, una excelente semblanza de fray Luis de León.

Abarca ésta cinco capítulos, seguidos de las correspondientes notas. En el primero, de carácter introductorio, habla Fitzmaurice-Kelly del «whitewashing», de la convencional idealización de los grandes hombres y de la resistencia que las gentes suelen oponer a sustituir esos falsos retratos, por imágenes más realistas. En el segundo, refiere la vida del poeta hasta el momento en que fué procesado por la Inquisición: su ascendencia; su ingreso en la orden agustiana; sus estudios humanísticos, teológicos y escriturarios; sus oposiciones a cátedras y las

combinaciones y cabildeos que la busca de votos traía consigo; sus explicaciones y la admiración que producían en los oyentes; sus disputas con los colegas de la Universidad y sus discrepancias con sus hermanos de hábito, en las cuales se revela su carácter apasionado y su irrefrenable sinceridad. En el tercero expone aguda y detalladamente las peripecias del primer proceso: su conducción a Valladolid y su ingreso en los calabozos de la Inquisición; los trabajos que en ella padeció; sus continuas reclamaciones; la actitud expectante y poco favorable de sus jueces; la habilidad y tesón con que deshizo las acusaciones de sus enemigos; la energía con que rechazó a la mayoría de los que declararon en su proceso, acusándolos de falsarios y malintencionados; la libertad con que critica los procedimientos lentos y secretos de la Inquisición; la sentencia absolutoria. En el cuarto nos habla de la vuelta de fray Luis a Salamanca, donde fué recibido triunfalmente; de su reintegración a la Universidad; de la intervención que tuvo en los claustros, disputas y comisiones; de la oposición a la cátedra de Biblia, que ganó en competencia formidable con el dominico fray Domingo de Guzmán; de su nuevo proceso inquisitorial; de la propagación de su fama de hombre recto y sabio por toda la península; de su edición de las obras de Santa Teresa; de la misión que, por un breve del Papa, se le encomendó respecto a las carmelitas reformadas; de los disgustos y achaques que amargaron los últimos días de su vida; de su elección para provincial y de su muerte. Y en el quinto trata de los caracteres de las producciones literarias de fray Luis y de la cronología de algunas de sus poesías.

Estos cinco capítulos llevan como apéndice el elogio de fray Luis de León que Pacheco puso en *Libro de verdaderos retratos*, y van precedidos de una breve y escogida sección bibliográfica y de un prólogo, donde Fitzmaurice-Kelly expone sus propósitos y hace varias observaciones sobre la acentuación de las palabras españolas, incurriendo, por cierto, en algunas inexactitudes.

La lectura resulta amena y sugestiva: nos pone en contacto con la compleja personalidad del autor de la *Noche serena*, presentada en el ambiente en que se desenvolvió y dió sus frutos. Y aunque, a pesar de sus esfuerzos para lograrlo, no consigue Fitzmaurice-Kelly hacer revivir a todos los personajes de que nos habla ni dar el necesario relieve y plasticidad a todas las escenas de su relato, no merece censuras por ello, porque no vamos a exigir al crítico condiciones propias del poeta.

GAVDEAMY!

¿Nos permitirán ustedes que contemos aquí un sucedido? No es nada importante. Un suceso frívolo y banal.

Unos señoritos, buenos cultivadores de las tradiciones y los grandezas nacionales, se fueron una noche de «juerga». La «juerga» es, en efecto, una institución nacional muy respetable y los «juerguistas» suelen oficiar en ellas como sacerdotes de un culto muy serio.

Pues bien, a estos señoritos juerguistas se les ocurrió el más extraño modo de divertirse, porque también en esta especialidad hay inventores geniales de nuevos métodos, que son naturalmente, los más admirados dentro de la clase. Se les ocurrió maniatar y llevar a un «cabaret» a una pobre señora vieja y allí tomando por mesa de operaciones uno de los veladores, pequeños altares de Baco y Venus, inyectarla los más diversos anestésicos y hacerla inhalar toda clase de narcóticos y estupefacientes. Así tuvieron a la pobre mujer qué se yo cuantas horas y en medio del más ruidoso jolgorio, de ese jolgorio estre-pitoso que es como el incienso del culto de la juerga.

¿Y no mataron a la pobre señora? No, no la mataron; acaso porque ya no había en ella nada que matar, porque estaba ya la pobrecita en ese estado de acartonamiento en que ni se vive ni se muere, en que las personas son como cosas inertes que nada conmueve ni agota. Y ya se sabe que las personas más vigorosas son las más expuestas a las crisis orgánicas.

No murió la buena mujer, conejillo de Indias de la «juerga». Cuando le quitaron las ligaduras y la careta del cloroformo y quisieron ponerla en pie, la pobre señora había

perdido las facultades de andar, de oír, de ver y de sentir. Pero ¡seguir viviendo! Los señoritos juerguistas eran, burla burlando, unos excelentes cirujanos...

* * *

Un Profesor de Universidad (que es, además, un ingenio de esos que ahora se cotizan; vamos, un romántico!...) ha dicho, en una comida de estudiantes, que no tenía nada que enseñar, que para poder enseñar algo tendría que desnudarse.

El profesor lo es de Medicina y se refería probablemente a la enseñanza de la Anatomía que todavía no se ha decidido a enseñar sobre cadáveres vestidos. Ni sobre «vivos», como este del caso.



**Este número ha sido
pasado por la censu-
ra militar.**

Imp. de Francisco González, Prior, 16.-Salamanca.

Guía profesional

MÉDICOS

DOCTOR QUINTANA. — Médico-dentista. Rúa, núm. 7.

DOCTOR ISIDORO JUAREZ.—Medicina general. Avenida de Mirat, 14.

DOCTOR CASTAÑO.—Médico dentista. Quintana, 5 y 7.

DOCTOR SANDOVAL.—Médico, Rayos X. Plaza de los Bandos, 1.

DOCTOR GONZALO GARCIA RODRIGUEZ.—Medicina general. Plazuela Fpiscopal, 3.

DOCTOR SERAFIN PIERNA.—Medicina general. Doctor Riesco, 2.

DOCTOR J. MONTERO.—Riñones y vías urinarias. Corrales, 10, 2.º

DOCTOR MEZQUITA.—Garganta, nariz y oídos. Rúa, 8.

DOCTOR PRIMO GARRIDO.—Catedrático de la Facultad de Medicina. Sánchez Ruano, 22.

DR. JULIO PEREZ MARTIN.—Ginecología. Ramos del Manzano (Cuatro calles).

DR. FLORINDO CONDE.—Médico. San Justo, 10.

DR. MUÉLLEDES.—Dispensario de enfermedades secretas. Calle del Jesús, 7.

DOCTOR ARTURO SANTOS.—San Pablo, 14 y 16.

DOCTOR PABLO UNAMUNO.—Médico dentista. Perez Pujol, 9.

DR. LUIS INFANTE.—Garganta, nariz y oídos. Doctor Riesco, 58.

DR. ANTONIO TRIAS.—Catedrático de la Facultad. Cirugía. Rúa, 25.

Dr. PEÑA.—Enfermedades urinarias. Consulta de once a una.—Dr. Riesco.

DOCTOR SOLER.—Medicina general. Consulta de doce a dos. San Justo, 49.

DOCTOR BECERRO BENITO.—Auxiliar de la Facultad. Paseo de Canalejas 7.

Doctor Eloy D. BELLIDO.—Oculista Ramos del Manzano, 25 (cuatro calles).

Doctor ADOLFO NUÑEZ.—Profesor de la Facultad. Cirugía general. Doctor Riesco, 36.

DOCTORES J. y E. SANCHEZ SALCEDO.—Medicina interna. Rayos X. Laboratorio de análisis clínicos. Plaza de la Libertad, 9.

DOCTOR CAÑIZO GARCIA.—Medicina general. Catedrático de la Facultad, consulta de once a una. Avenida de Mirat, 31.

DOCTOR CORTES.—Piel, venéreas y sifilíticas. Consulta de once a una y de cinco a siete. Catedrático de la Facultad. Sol Oriente, 9.

DOCTOR GAITF VELOSO.—Medicina general. Auxiliar de la Facultad. Plaza San Juau de Sahagún.

DR. DIEZ RODRIGUEZ.—Cirugía. Profesor del Hospital. Meléndez, 36.

DOCTOR GOMEZ DIEZ.—Oculista. Doctor Riesco, 38.

DOCTOR FIRMAT.—Enfermedades de la infancia. Consulta de doce a dos. Plaza Mayor, 35, segundo.

DOCTOR POBLACION.—Ginecología. Catedrático de la Facultad. Azafranal.

DR. PRIETO CARRASCO.—Medicina general. Auxiliar de la Facultad. Consulta de once a una. Jesús, 3.

DOCTOR VICENTE TAPIA.—Auxiliar de la Facultad. Análisis clínicos. Consulta de once a una. Sánchez Ruano, 27.

DOCTOR AMADEO SANTAMARIA.—Piel, venéreas y sifilíticas, San Pablo, 38.

DR. ANTONIO DOMINGUEZ.—Enfermedades de garganta, nariz y oídos. Doctor Riesco, 38, principal.

DR. FILIBERTO VILLALOBOS.—Rayos X. Plaza de la Libertad.

DR. PABLO B. HEREDIA.—Cirugía. Doctor Riesco, 70.

DR. JOSÉ MÉNDEZ PÉREZ.—Del Hospital de San Juan de Dios. Piel y sifilíticas. Mercado, 54.

DR. SERAFIN GIL.—Médico-dentista. Dr. Riesco, 12 y 14.

MATIAS LUDEÑA.—Especialista en enfermedades de la boca y prótesis dentaria. Plaza Mayor, 10.

DR. FRANCISCO MÉNDEZ.—Ginecología. Sánchez Ruano, 3.

Señores Abogados en el ejercicio de su profesión.

D. JOSE GARCIA REVILLO.—Catedrático de la Facultad. Plaza San Julián, 21.

D. FLORENCIO MARCOS MARTIN.—García Barrado, A.

D. TOMAS MARCOS ESCRIBANO.—Consuelo, 18.

D. RICARDO SANCHEZ MARTINEZ.—Meléndez, 7, duplicado.

D. ANTONIO DIEZ AMBROSIO.—Plaza de San Julián, 9.

D. RAFAEL CUESTA GONZALEZ.—San Julián, 28.

D. RAFAEL GONZALEZ COBOS.—Azafranal, 7.

D. FERNANDO ISCAR PEYRA.—Corral de Villaverde.

D. LUIS MARTIN DE LAS CUEVAS.—Calle de Arriba.

D. FRANCISCO RUIPEREZ CRISTOBAL.—Peñaranda.

D. MANUEL REYMUNDO TORNERO.—Doctor Riesco, 44.

D. CARLOS GUTIERREZ CEBALLOS.—Sánchez Barbero, 17.

D. ENRIQUE RODRIGUEZ MATA.—Catedrático de la Universidad. Doctor Riesco, 66.

D. JOSE CIMAS LEAL.—Azafranal. número, 17.

Señores Procuradores

D. BLAS SANTOS FRANCO.—Azafranal, 5.

D. EDUARDO JARRIN GARCIA.—Ronda de Capuz, 43.º

Señores Ortopédicos

FRANCO.—Isla de la Rúa, núm. 1.º pral.

D. FRANCISCO F. MORA.—Ortopédico. S. Justo, 30.

